



Brescia, Pablo y Oswaldo Estrada (editores). *McCrack: McOndo, el Crack y los destinos de la literatura latinoamericana*. Valencia: Albatros, 2018.

Como el ingenioso título señala, este volumen pasa revista a dos movimientos que sacudieron a la república de las letras latinoamericanas en el ya lejano 1996: el Crack, compuesto por los novelistas mexicanos Jorge Volpi, Ignacio Padilla, Pedro Palou, Eloy Urroz y Ricardo Chávez Castañeda, y McOndo, que tomó su nombre de la antología de cuentos del mismo nombre editada por los chilenos Alberto Fuguet y Sergio Gómez. Como demuestra la lectura del prólogo “Presentación al País McOndo” y el “Manifiesto Crack”, ambos grupos solo tuvieron en común el rechazo por un realismo mágico que con gran exageración presentan como la característica central de la literatura latinoamericana de fines del siglo veinte, y, tal vez, la celebración del cosmopolitismo, aunque entendieron este término de manera diferente—los mexicanos como la alta cultura europea, los chilenos como la cultura de masa de origen norteamericana. Sin embargo, tanto el Crack como McOndo tuvieron la virtud, tal vez más mercadotécnica que literaria, de convertirse en un partaguas entre lo que podría denominarse la narrativa post-Boom y la novela actual.

*McCrack* presenta una visión casi exhaustiva y, por lo general, lúcida de la historia y la influencia de ambos movimientos. Además de la introducción firmada por ambos editores, el libro está compuesto por 16 ensayos y una conversación entre los novelistas mexicanos Pedro Angel Palou, Cristina Rivera Garza, y Naief Yehya y el boliviano Edmundo Paz Soldán. Los ensayos cubren una amplia gama de opiniones, ya que incluye contribuciones del “crackero” Palou y los “mcondistas” Paz Soldán y Yehya hasta ensayos escritos ásperos críticos de estos grupos, como el ecuatoriano Wilfrido H. Corral y el cubano Jorge Fornet.

La presencia de escritores practicantes es una de las características más llamativas de este volumen. De hecho, la primera sección —“Antologías, Manifiestos y el Canon: La mirada del escritor”— está compuesta exclusivamente por colaboraciones de estos novelistas. Dada su cercanía a estos movimientos, uno pudiera esperar que éstos mostraran una visión sesgada. Sin embargo, sus ensayos son iluminadores y, a veces hasta, críticos de los grupos en que participaron hace ya veintitrés años. En particular vale mencionar a los escritos de los mcondistas Paz Soldán y Yehya. Además de narrar el trasfondo de su inclusión en la antología *McOndo* y de su colaboración con Fuguet en la composición de la antología de literatura de autores residentes en los EEUU, *Se habla español*, Paz Soldán crítica el aspecto “reduccionista” de la “Presentación del País McOndo” escrita por Fuguet y Gómez y la exclusión de mujeres de la antología. En el caso de Yehya, enfatiza el papel jugado por Moho, un grupo mexicano contemporáneo a McOndo

y el Crack, y en el cual este autor mexicano también participó. De esta manera Yehva descentra creativamente la discusión al describir el contexto mexicano desde una perspectiva diferente a la del Crack.

“Mapas, revisiones, diagnósticos” la segunda sección del libro, está compuesto por visiones y evaluaciones generales de la influencia de ambos movimientos. Así el conocido estudioso español Eduardo Becerra presenta una revisión de la narrativa hispanoamericana que si bien parte de ambos movimientos también toma en cuenta “el efecto Bolaño” (63), y llega hasta el presente al analizar novelas como *La forma de las ruinas* (2016) de Juan Gabriel Vásquez y *Sudor* (2016) de Fuguet. Jorge Fornet intenta contextualizar a ambos movimientos tanto en lo literario —por ejemplo, señala que “los grandes del Boom no serían sus padres sino sus abuelos” (77), como en lo social y político— tomando en cuenta el “que el liberalismo económico y político provoca el endiosamiento del mercado” en ambos grupos (75). A partir de las ideas propuestas por Bourdieu, en su contribución, Tomás Regalado López estudia la historia de la recepción del Crack desde 1996 hasta el presente. La sección concluye con un ensayo de Corral que examina como la narrativa ecuatoriana contemporánea, en particular, *Las segundas criaturas* (2010) de Diego Cornejo Menacho y *Memorias de Andrés Chilinga* (2013) de Carlos Arcos Cabrera, establecen conexiones explícitas con la tradición literaria: la narrativa del Boom, en el caso del primero, y la literatura indigenista, en el del segundo. Par Corral, la narrativa ecuatoriana y estas novelas problematizan las ideas sobre las relaciones entre los escritores actuales y sus antecesores propuestas por el Crack y McOndo. Como señala Corral, “re-escribir” es parte de un proceso creativo momentáneo más amplio: el de las ideas compartidas en un mundo en que ser original es difícil” (118).

La siguiente sección —“Territorios pre y pos: estados de la cuestión”— estudia la presencia tanto de McOndo como el Crack en la narrativa latinoamericana actual. Las contribuciones de Rita de Maeseneer y de Catalina Quesada-Gómez estudian las relaciones de las literaturas hispanocaribeña y colombiana del siglo XXI, respectivamente, con McOndo. Es llamativo e inclusive un síntoma de que, más allá de la calidad o no de las obras de los autores que pertenecen a ambos grupos, o de sus carreras literarias individuales, hoy en día McOndo mantiene una presencia mayor que el Crack, aunque sea solo como punto de referencia. Tal vez esta diferencia se deba a que la cultura de masas norteamericana no ha menguado en su influencia tanto sobre escritores como lectores. Aunque atribuye su descuido del Crack “a motivos de espacio”, Maeseneer señala sobre esta narrativa hispanocaribeña que “se perciben en estos autores ciertas tendencias posmodernas afines a las preocupaciones afines a las preocupaciones expresadas por McOndo” (124). De una manera similar Quesada-Gómez señala sobre la literatura colombiana que “la apuesta de *McOndo* por una literatura esencialmente urbana que dejara al margen cualquier atisbo de telurismo parece ser una de las aportaciones más determinantes del prólogo” (138). Los autores del Crack, con la añadidura de Cristina Rivera Garza, compañera de viaje del grupo, y el también mexicano Yehya, van a ser el objeto de estudio del artículo de Oswaldo Estrada, uno de los editores del volumen. Este estudioso mexicano pasa revista a las reacciones de estos autores a los cambios sociales de los últimos años —la violencia en México y en la frontera, el florecimiento de un racismo anti-mexicano

y anti-latinoamericano en los EEUU, etc.— y nota “un esfuerzo consciente por participar con las letras en la vida pública y política de un mundo real, doliente horrorizado” (159). El estudio de Pablo Brescia, el otro editor del volumen, de la literatura en español escrita en los EEUU no solo toma como punto de partida relaciones con las propuestas hechas por el grupo McOndo —en “Presentación del País McOndo” y el prólogo a *Se habla español*— y el Crack en su manifiesto, sino que también recurre a las ideas de Deleuze/Guatarri y Josefina Ludmer. Quizás lo más interesante del trabajo de Brescia es su examen de las antologías de literatura “hispanica” escritas en Norteamérica. Al final de este lúcido recorrido Brescia concluye que lo que estos autores tienen en común es “la apuesta es por el idioma” (186).

La siguiente sección también tiene un título enigmático, “En concreto: temas para un pasado futuro”, y consiste en ensayos que sin desligarse del todo del análisis del Crack o McOndo tratan con mayor libertad temas relacionados a la literatura actual de la región. Así Daniel Mesa Gancedo estudia a la presencia de Ernesto “Che” Guevara —personaje, por cierto, que no es mencionado ni en “Presentación del País McOndo” ni en el “Manifiesto Crack”— en dos novelas argentinas de las últimas décadas: *Guerrilleros. Una salida al mar para Bolivia* (1993) de Rubén Mira y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011) de Carlos Gamerro. Ezequiel de Rosso estudia a autores, como el mexicano Mario Bellatín o el colombiano Hugo Chaparro Valderrama, cuyas narrativas fragmentarias no encajan ni en las estéticas novelísticas del Crack ni en el populismo cultural de McOndo. Sarah Booker pasa revista a las políticas culturales detrás de la traducción de obras latinoamericanas al inglés, incluyendo en su repaso no solo a autores actuales como Valeria Luiselli o Claudia Salazar Jiménez, sino a algunos que ya pertenecen a la historia de la literaria de la región como Roberto Bolaño y los autores del Boom. Para Booker, aunque “ciertos autores, como Borges, García Márquez y Allende han llegado a ser los puntos de referencia para un continente... Bolaño en traducción... ha abierto el campo literario por ofrecer una alternativa al realismo mágico” (231). La sección culmina con un artículo de Ana Gallegos Cuiñas que analiza los criterios detrás de las ediciones de la narrativa latinoamericana en España y Chile, tanto en 1996 como en el presente, tomando como fulcro *Sudor* (2016), la última novela de Fuguet. Según Gallegos, además de la temática gay que ha llamado la atención a muchos de los lectores de esta novela, es en la representación del personaje central y su actividad como un editor de Alfaguara por la cual “se presenta a sí mismo mediante un discurso de legitimación” (251).

El libro concluye con una conversación sobre el pasado, presente y futuro del Crack, McOndo, y, en general la narrativa hispanoamericana, entre los novelistas que contribuyeron al volumen —Palou, Rivera Garza, Paz Soldán, Yehya— moderada por Thomas Nulley Valdés y Jonatán Martín Gómez.

Como esta breve descripción demuestra este es un volumen inteligente y abarcador que no solo estudia a fondo a estos dos movimientos, sino que los toma como punto de partida para una discusión iluminadora sobre los derroteros de la literatura de latinoamericana desde 1996. Si hay algo que podría criticarse a *McCrack* es que no haya un capítulo dedicado exclusivamente a Roberto Bolaño,

quien, por cierto, también irrumpió en la república hispánica de letras en 1996, y que tuvo sus encuentros y desencuentros tanto con McOndo como con el Crack.

Juan E. De Castro  
Eugene Lang College, The New School  
DecastrJ@newschool.edu